un buque, sin duda para embarcarse. Detras de ella ví marchar á un hombre que parecia esclavo, y que sin duda fué el que la asesinó en algun punto solitario de la playa.

—Compadezcámosla—dijo Glauco—y no nos acordemos de ella sino para pedir á Dios que la perdone como nosotros la perdonamos.

Todos participaron de los nobles sentimientos de Glauco, y la conversacion tomó otro giro.

Glauco se acercó entonces á Salustio, que marchaba con la vista fija en el rumbo en que dejaban á Pompeya.

—Hasta hace un instante en que la luz del dia se ha dejado aparecer, no os habia visto: ¡Ah!..... os debo la vida, y temia que la hubiéseis perdido en la horrible catástrofe.

—Así debia haber sucedido—contestó Salustio.—Una pared me tenia sepultado en sus escombros, y nadie, ninguno de los muchos amigos que pasaban huyendo á mi lado y á quienes llamaba á gritos, me quisieron prestar auxilio; la muerte mas horrenda me esperaba; pero la caridad de unos cristianos que pasaban, me salvó de ella: al escuchar mis ahogados ayes se acercaron á mí, y en los instantes en que el golpe de una piedra me privó de sentido, me sacaban de mi sepulcro y me condujeron en sus brazos.

—Siempre he creido en la virtud de esos hombres.

—Ellos son los únicos cuya ardiente caridad, formando contraste con el refinado egoismo de las otras creencias, exponian su vida para salvar la de aquellos á quienes sus mismos deudos dejaban abandonados. Cuando volví en mí, me encontré en la playa, cuidado por ellos, pero sin un ser por quien hubiera dado la vida.

—¿Quién?

—Una jóven huérfana á quien habia ofendido, y por la cual experimenté en los momentos del peligro y en los instantes de encontrarla espirante, la pasion mas pura, mas respetuosa y santa. ¡Oh!..... sí, la mas pura y santa: deseando reparar los tormentos que la habia hecho sufrir, me proponia hacerla mi esposa; pero cuando mas lisonjeado caminaba con esta idea, llevándola en brazos casi espirante, la suerte me separó de ella, colocando entre ambos los escombros de una pared que vino á derrumbarse al tratar de emprender de nuevo mi fuga para salvarla.

—¿Y esa jóven era cristiana?.....

—Sí, era cristiana. ¡Pobre Nicea!..... Los que me sacaron de los escombros no la vieron, y sin duda ha perecido sepultada bajo las cenizas!.....

Y Salustio quedó abrumado con aquella idea.

Glauco trató de consolarle.

El buque, entre tanto, cortaba con rapidez las brillantes olas, y se acercaba al punto deseado.



## CAPITULO LXII.

DESAPARICION DE POMPEYA, HERCULANO Y ESTABIA.
ALGUNOS DE LOS QUE SOBREVIVEN Á LA CATÁSTROFE.—UN ESCLAVO DE DIÓMEDES.

Treinta horas habia durado la horrenda catástrofe que descrita dejamos.

Habia empezado á la una de la tarde del dia 23 de Agosto, haciendo sentir en Pompeya los primeros sacudimientos que por la noche se sintieron en Miseno, y cesó al anochecer del 24, sintiéndose desde ese momento hasta el amanecer del 25 únicamente lijeras oscilaciones.

La luz volvió á brillar en el cielo despues de tan larga oscuridad.

Un jóven, seguido de dos esclavos, atravesaba á caballo los sitios cubiertos de cenizas que habian sido teatro de horribles escenas, y se dirijia á Pompeya.

En su semblante iban pintados el sobresalto y la ansiedad.

Centenares de cadáveres medio ocultos entre las cenizas, se presentaban á sus ojos por todas partes.

A medida que se acercaba á Pompeya, se conocia que se oprimia su corazon.

Coches destrozados, caballos muertos junto á ellos, aves abrasadas y reptiles despedazados se encontraban de trecho en trecho.

El jóven marchaba sin pronunciar palabra, y emocionado profundamente por el triste espectáculo que se presentaba á su vista.

De repente se estremeció y detuvo el caballo.

Una palidez mortal veló su semblante.

Sus ojos buscaban un punto que no encontraban.

Habia llegado cerca de Pompeya, y su vista no descubria ni el remate del elevado templo de Isis, ni del teatro, ni de las altas murallas de la ciudad.

En vez de edificios y de torres, solo contempló una inmensa llanura de cenizas.

El jóven dirijió despues la vista hácia Herculano, hácia aquella ciudad floreciente y artística, rica en estatuas de bronce y mármol, donde vimos morir de amor á la hermosa jóven Julia, y no descubrió mas que montañas de ceniza y escorias. Herculano, lo mismo que Pompeya y Estabia, habia quedado enterrada tan profundamente, que era imposible conocer donde habia existido.

¡Treinta horas bastaron á hacer desaparecer del haz de la tierra á tres ciudades populosas y á innumerables pueblecitos que circundaban el Vesubio!

Los inmensos rios de agua, mezclados de ceniza, escorias, lodo y piedra pómez arrojados por el volcan, y endurecidos por el amontonamiento, formaron una masa durísima cual la roca que fué la tumba de Herculano. Pompeya tenia por lápida de su sepulcro la ceniza y las escorias que sin cesar llovieron sobre ella. Las lavas no habian caido sobre ninguna de ambas ciudades, sino en lijeras cantidades que produjeron algunos incendios; pero descendieron, formando arroyos incandescentes, sobre los pintorescos pueblecillos que se levantaban en la falda y al pié del entonces imponente Vesubio, incendiándolos, y talando y destruyendo cuanto á su paso hallaban.

La bella Campania, la mas encantadora region de la hermosa Italia, aquel suelo de prodigiosa vegetacion y delicioso, lleno, hacia tres dias, de viñedos, de jardines, de palacios, de risueñas aldeas y de poéticos pueblecillos acariciados por el golfo y por la brisa, no era ya mas que un árido desierto arenal, donde no se descubria ni una casa, ni una choza, ni un árbol, ni un arbusto, ni un arroyo.

La cantidad de materias arrojadas por el Vesubio en aquella espantosa erupcion, superaba á las que pudieran formar reunidas las cenizas, lava, piedras y agua de las cuarenta y nueve erupciones qne despues ha hecho: erupciones todas espantosas, entre las cuales figura la del 16 de Diciembre de 1631, en que siete corrientes de lava, saliendo á la vez del terrible volcan, inundaron muchos pueblecillos, causaron cuatro mil víctimas, quedando abrasada por torrentes de fuego la villa de Resina, construida, en parte, sobre las endurecidas escorias, lodo y piedras que cubria la antigua y olvidada ciudad de Herculano.

El Vesubio habia extendido sobre el delicioso oasis de la Campania, una inmensa losa funeraria que tapó todas las ciudades y los campos, con una capa de cenizas y de escorias de muchos metros de altura.

Solamente el destructor volcan habia quedado de pié, en medio de tanta ruina, como recreándose en la obra de su destruccion.

Pero aun él mismo habia perdido en aquel cataclismo, mucho de su forma.

Como el guerrero que al descargar su terrible golpe sobre su adversario, lleva con su arma el casco que ostentaba su cabeza, así el Vesubio habia visto caer su elevada cúspide, al arrojar el golpe de muerte sobre las ciudades, los campos y los habitantes de la Campania.

Antes de la terrible catástrofe, el imponente y poderoso volcan ostentaba un solo cono truncado; despues de haber sembrado la desolacion y el exterminio, se vió dividido en dos partes.

El jóven, sobrecojido de espanto y de inquietud, avanzó hácia la enterrada ciudad de Pompeya.

Al llegar á las cenizas que la cubrian, desmontó de su caballo y miró por todas partes.

¡Nada!..... ¡Todo habia desaparecido!.....



Los edificios mas elevados, las murallas y las puertas de la ciudad estaban á muchos metros debajo de la funesta losa sepulcral que el Vesubio habia extendido sobre ella!

Estabia, Herculano, Retina, Oplonte, y otras ricas poblaciones de la Campania se encontraban lo mismo!.....

¡Una misma lápida las cubria á todas!

El llanto corrió de los ojos del conmovido jóven, y sus lágrimas fueron á mojar la tumba de millares de personas.

Tal vez habia abandonado la ciudad en el momento del peligro, y volvia creyendo encontrarla llena de animacion y de vida.

Acaso habia ido creyendo hallar á su amada familia, esperándole con impaciencia para contarle los sustos que habia pasado, y la encontraba sepultada para siempre!.....

El jóven, conmovido, pareció meditar sobre la situacion que habian guardado las calles de la ciudad, y se dirijió hácia el punto en que pensó debia haberse encontrado la *Calle de las Tumbas*.

Al llegar á aquel sitio en que los sepulcros habian encontrado su sepulcro, y los muertos dos tumbas, el melancólico personage se sentó junto á una roca que pocas horas antes habia ido rodando de una montaña, desgajada por el terremoto.

Estaba encima de la casa de Diómedes.

Sobre la losa tal vez que cubria el sepulcro de Eutima!

El jóven, profundamente conmovido por las tristes ideas que sin duda debian despertar en su mente la devastacion que le rodeaba, exhaló un suspiro, se cubrió el rostro con ambas manos, apoyando los codos sobre las rodillas, y regó de nuevo con sus lágrimas aquella ceniza que cubria acaso los séres queridos de su corazon.

Aquel hombre, solo allí en medio de un árido desierto, llorando junto á una roca la grandeza perdida, semejaba al primer hombre de la creacion, cuando, arrojado del Paraiso, lloraba en la inculta y árida tierra, el exuberanre y fértil suelo del Eden perdido.

—¡Cuántas personas—pensó—permanecerán aún vivas, debajo de esta espesa capa de ceniza que cubre la ciudad, sin haber logrado salir de sus habitaciones!..... ¡Cuál será su desesperacion al ver que les es imposible romper su sepulcro, y que están condenadas á morir de hambre y de sed!.....

¡Oh!..... Y no se engañaba al pensar tan tristemente!.....

Muchos desgraciados, buscando en los edificios, el sitio en que la ceniza no podia penetrar, se habian encerrado en ellos, sin que luego les fuese posible salir.

En aquellos momentos mismos gritaban y se agitaban sin que nadie escuchase sus clamores.

En una casa situada cerca de la callejuela de *Vico Storto*, se habian encerrado siete esclavos que aun permanecian vivos. El hambre que sufrian era terrible. Cuando la ciudad fué sacada de la tumba, los esqueletos de aquellos siete desgraciados se encontraron junto á los huesos de una gallina que fué el único alimento que se repartieron entre todos.

Iguales torturas sufria otro desgraciado que se habia encerrado en una pieza situada detras de la casa de Epidio Sabino. El hambre le devoraba, y cuando se hicieron las escavaciones, su esqueleto se halló junto á los huesos de un animal pequeño y de una cazuela de tierra, que habia contenido algunos manjares.

Lúdio, el amigo de Salustio, el que le habia regalado el ramo de flores mezclado con narcótico, pero sin saber que era para perder á Nicea, se quedó tambien encerrado en un cor-

redor abovedado á donde se refugió, porque era imposible que penetrase allí la ceniza matadora. Un perro que tenia, le acompañaba. Tres dias llevaban de no comer. Olvidado allí de los hombres y enterrado en vida, sin poder proporcionarse alimento ninguno, Lúdio y el animal se encontraron en una situacion desesperada. El hambre empezó á enfurecer al segundo hasta la desesperacion. De repente el perro, como acometido por la rabia, clavó sus encendidos ojos en su amo de una manera espantosa. Lúdio, aterrado ante aquella amenazadora mirada, retrocedió espantado: el perro, al ver su movimiento, acabó de desconocerle, y se arrojó sobre él. Entonces comenzó una lucha desesperada entre aquellos dos séres; y mientras el melancólico jóven, que sentado sobre las cenizas que cubrian Pompeya, pensaba en los desgraciados que debajo de él existirian enterrados en vida, Lúdio y su furioso enemigo seguian la sangrienta lucha. Diez y ocho siglos despues, los huesos de un hombre se encontraron esparcidos en varios sitios de aquel corredor de bóveda á donde no habia penetrado la ceniza; aquellos huesos estaban roidos en las coyunturas, no por el tiempo, sino por los dientes de un carnívoro. El esqueleto del perro, que á su vez habia muerto de hambre, se encontró en un rincon del corredor.

El jóven, conmovido por los tristes pensamientos que despertaban en él las ruinas y cenizas que le rodeaban, exhaló un suspiro y enjugó las lágrimas que se asomaban á sus ojos.

Poco á poco se vieron llegar al sitio en que fué Pompeya, algunos otros desgraciados séres que habian logrado salvarse de la catástrofe, y que volvian creyendo encontrar salvos su hogar y su fortuna.

¡Desengaño terrible!

¡Ni aun podian saber el lugar que pertenecia á la casa que habitaron!

¡Eran los restos de un pueblo sepultado que se veian sobre la tumba de sus amigos y deudos, sin hogar y sin familia!

Un esclavo, triste y estenuado, que vagaba en aquel inmenso panteon, se acercó con vacilante paso hácia el sitio en que se encontraba el jóven que vimos llegar á caballo.

Al llegar junto á la peña en que se habia sentado, se detuvo abatido.

El jóven levantó los ojos, y dejó escapar una exclamacion de alegría al reconocer en el que acababa de llegar, á un esclavo de Diómedes.

El esclavo al escucharla fijó la vista en el jóven, y quedó asombrado con su encuentro.

—¿Vos aquí, señor Plinio?—exclamó el esclavo admirado.

—Sí, aquí en busca de Eutima. ¿Qué ha sido de ella?..... ¿Se ha salvado?..... ¡Ah!..... sí, sin duda cuando tú has logrado huir!..... ¿Qué es de ella?..... ¿Dónde se encuentra?..... responde.

—Lo ignoro.

—¡Cómo!..... ¿No estabas á su lado cuando acaeció la horrenda catástrofe?

—No señor; me encontraba en el anfiteatro.

—Pero ¿no acudiste á casa de tu amo Diómedes?

—En el instante mismo; pero cuando llegué, las cenizas hacian imposible penetrar en ella.

—¿Pero nada viste ni oiste?

—Sí, oí cuando me hallaba próximo á llegar, voces de hombres y mugeres, y poco despues varias personas que salian de ella y se perdieron en la oscuridad.

—¡Ah!..... gracias!..... ¡Se ha salvado!..... Entre esas personas que huian se encontrarian Eutima y Diómedes.

—Esa es mi creencia. Pero ¿á dónde se han ido?..... Lo ignoro: yo he preguntado á



todos los que se salvaron de la muerte, y nadie ha sabido darme noticia de ellos. Unicamente un esclavo de las panaderías de su primo Márcio, me dijo que este habia invitado á varios de ellos á ir por Eutima para sacarla de la ciudad.

—¡Marcio!..... ¡Ah!..... yo le perdonaria todo el mal que ha procurado hacerme, si ha logrado salvarla!

Pero ¿habia, con efecto, Marcio conseguido arrancar á Eutima de la ciudad? ¿Cuando despues de haber sido arrebatada Nicea por el torrente, se dirijió hácia la casa de la hija de Diómedes, llegó á tiempo para salvarla del conflicto en que la dejamos?..... ¿Habia conseguido entrar en la habitacion abriendo la puerta que los de adentro se afanaban en romper para no morir enterrados?.....

Aun no es tiempo de que lo digamos. El desenlace de los acontecimientos que referimos en esta obra se acercan, y en él sabremos lo que fué de la bella Eutima.

Plinio, abrumado de pena, pero halagando la esperanza de que se habia salvado la muger que amaba, volvió á emprender su camino hácia Miseno donde le esperaba su anciana madre.